



Francisco Tronco Díez, 80 años.
Alexandra Velásquez Agreda, 18 años.

“La soledad me enseñó a caer... Y el amor me enseñó a volar”

Dicen que el primer amor es el verdadero, el que nunca se olvida, el que con un simple suspiro deletreando aquel nombre te hace sentir un cosquilleo en el estómago; pero ¿Qué hacer si la soledad ha marcado tus días y la única realidad que conoces es la del trabajo?

Desde que un viernes de frío invierno día siete de febrero de 1926 Francisco Tronco Díez vio la luz en un pequeño pueblo asturiano, su única compañía fue su familia y apenas una veintena de vecinos más y su mejor escuela, la vida.

En Dagüeño no había colegio, ni tiempo para estudiar; la prioridad era alimentarse por lo que con tan solo 8 años ya tuvo que salir al monte a guardar el ganado, con un pan de centeno, una cebolla y un poco de tocino del barco, lo llamaban así porque era importado de Argentina y llegaba a Asturias en barco, en unos cajones de madera envueltos en sal gorda.

Apenas dos años mas tarde a todos los españoles les sorprendió la Guerra Civil, el fuego devorador de las armas hizo que Francisco y su familia abandonasen el pueblo y se dirigiesen, con lo que les quedó de ganado a una Braña, zona de pasto común en lo alto de las montañas.

Allí tuvo lugar un episodio que recuerda con gran lucidez; estando Francisco vareando castañas, un Capitán le cogió y ante la desesperación de su madre gritando: “si solo es un niño ¿para qué se lo lleva?”; aquel hombre respondió: “para hacer trincheras, y si no vale para picar, valdrá para llevar el botijo”.

Acabada la contienda se encontraron de nuevo en el pueblo, en la misma rutina pero con menos medios; siempre dependiendo del cielo y con un mayor sacrificio que beneficio, pues no había economía suficiente para alimentar tantas bocas.

Cuando cumplió los 22 años, tuvo que marchar a cumplir el servicio militar en el C.I.R de León y a pesar de las condiciones extremas en las que vivió durante los tres años que permaneció allí, dado que la higiene brillaba por su ausencia y las tareas eran sumamente duras; fue una experiencia muy enriquecedora, pues era la primera vez que salía de su pueblo y tenía la oportunidad de conocer otra gente.

Ya con la Licencia en el bolsillo, regresó y puesto que era el mayor de siete hermanos, bien sabía que, tal y como era costumbre por ser meirazo, su deber sería permanecer en la casa paterna hasta que falleciesen sus padres, pues él heredaría las tierras.

Así pasaron los años, entre el silencio del campo y la soledad del alma, llegando incluso a perder la ilusión por la vida. Pero un buen día, en 1970, con 44 años y cansado de dedicar su tiempo a las tierras, decidió dejarlo todo y viajar a Madrid, donde se encontraban el resto de sus hermanos.

A partir de ese momento todo cambió, no sólo porque encontrase un buen trabajo en el mercado de frutas y verduras de Legazpi, donde realizó turnos de mañana, tarde y



noche durante los veinte años siguientes; sino porque su corazón recobró la fuerza del primer latido y descubrió el amor, su primer y único amor.

Francisco conoció a la persona con la que compartir su vida, a una mujer que cada mañana le hace feliz, Enriqueta, con la que se casó en 1975 y de la que desde entonces es inseparable.

Ahora con 80 años, cuando sus miradas se unen te das cuenta de que la vida te recompensa y de que nunca es tarde para sentir ese cosquilleo en el estómago y ser feliz.

Lo importante de la vida

En 80 años han pasado muchas cosas, sobretodo ha pasado el tiempo, algo que muchas veces no tenemos en cuenta y que sin embargo es el que marca las pautas en el largo camino de la vida.

Si hoy volviese a nacer, Francisco haría más por disfrutar ese preciado tiempo, pues tras una vida llena de esfuerzos aprendes que el cariño de unos padres es irremplazable y que el aguante en todas las situaciones es la clave para llegar a valorarlas.

Con el transcurso de los años te das cuenta de que la ilusión por vivir se reconstruye poco a poco a medida que encuentras más personas por las que luchar y más motivos por los que creer; pero sobretodo te das cuenta de que lo que más poder tiene en la vida es la compañía, el cariño y la sonrisa de la persona a la que amas.

Con todo y a pesar de haber pasado tantas penurias, Francisco está orgulloso de ser quien es y por encima de todo se siente recompensado, pues ahora puede decir que es feliz y goza de la salud y el tiempo necesario para disfrutar de esa felicidad.